

ambos hermanos dieron media vuelta, comenzaron a correr, y, en un momento, perdiéronse de vista.

Alicia internóse en el bosque y se detuvo bajo un corpulento árbol.

—Aquí no me puede alcanzar ese monstruo —pensó—. Es demasiado grande para pasar por entre los árboles, aunque preferiría que no batiera las alas de esa forma. ¡Parece un huracán!... ¡Calla!... Esto es el chal de alguien a quien el viento parece habérselo arrebatado.

CAPÍTULO V LANA Y AGUA

Alicia se apresuró a recoger el chal mientras hablaba y miró a su alrededor en busca de la dueña del mismo. Esta apareció en seguida. Era la reina blanca que venía corriendo desde el bosque, con los brazos en alto, como si volara, y Alicia fué a su encuentro, muy cortésmente, llevando el chal en la mano.

—Me alegra mucho haberte encontrado —dijo nuestra niña mientras le ayudaba a ponérselo.

Por toda respuesta, la reina blanca la miraba entre asustada y desvalida, cuchicheando algo que sonaba como: «¡Pan y manteca! ¡Pan y manteca!». Alicia comprendió que si quería conversar con la reina debía ella misma iniciar la conversación.

—¿Es la reina blanca a quien tengo el honor de dirigirme? ¿No recuerdas que ya antes me *viste*? —preguntó Alicia con mucha timidez.

—Soy la reina blanca, pero en cuanto a eso de que



me viste, te juro que no tengo la menor idea de lo que es vestirse.

Dióse cuenta Alicia de las dificultades en que iba a verse para elegir un tema, y sonriendo dijo:

—Si vuestra majestad me sugiere la forma correcta de empezar, lo haré de la mejor manera que pueda.

—No necesito hacerlo, por cierto —lamentóse la pobre reina —; estuve dos horas vistiéndome.